

REVERSO

Poemas Escogidos

HUMBERTO CONSTANTINI



REVERSO

Poemas Escogidos

HUMBERTO CONSTANTINI

No me contéis más cuentos
que vengo de muy lejos y sé todos los cuentos
que no quiero que me arrullen con cuentos
que no quiero
que no quiero
que no quiero
que me sellen la boca y me cierren los ojos con cuentos
que no quiero
que no quiero
que no quiero
que me entierren con cuentos.

León Felipe



<https://elsudamericano.wordpress.com>



HIJOS

La red mundial de los HIJOS de la revolución social

DECLARACIÓN JURADA

¿Qué pretendo yo con mi poesía? Bueno, es tan fácil macanear en este tipo de declaraciones ¿no? O esquematizar. O decir una cosa por otra. O desembuchar las ideas que uno tiene sobre estética, o sobre política, o sobre la filosofía del arte en general... Pero me parece que sin querer se me escapó algo que es cierto. La poesía sirve para no macanear. Eso es. La poesía y el cuento me sirven a mí para no macanear. De eso estoy seguro. Para ser auténtico, humildemente, trabajosamente auténtico. Contar como veo, como siento algunas cosas, tratar de que alguien las vea y las sienta igual que yo. Sin pretender enseñar, ni adoctrinar, ni contrabandear ideas. Y para eso tengo simplemente que hablar con mi propia voz. Cosa bastante difícil como lo sabe cualquiera que ande metido en este asunto. Pero una vez conseguido eso, una vez que a fuerza de un largo trabajo de búsqueda, de desprendimiento, de humildad, qué sé yo, uno cree haber encontrado, en el fondo del alma o de las tripas, esa voz, los conceptos “bueno” o “malo”, “poema” o “no poema” pierden totalmente vigencia. Se habla de un modo verdadero o se macanea. Y se macanea cuando, vaya a saber por qué, no se puede encontrar la propia voz.

Cuando me veo obligado a escribir un artículo, o un ensayo, o esto que estoy tecleando ahora por ejemplo, tengo siempre la fulera sensación de que estoy macaneando. De que podría afirmar todo lo contrario de lo que digo con la misma compostura y la misma sinceridad. En la poesía y en el cuento eso no me pasa. Sé que hay una única forma para decir una única verdad. Y que lo demás es una pelea con las palabras hasta encontrarla.

HOMBRECITOS

Hombrecitos, hermanos, entretenidos camaradas de especie, compañeros en esta despiportada, transitoria aventura que llamamos vida, pasajeros fugaces de esta pelota efímera que pelotudamente gira, y gira en el espacio.

Hombrecitos, apenas una nada, una invisible cosquillita en el cosmos, apenas una copa de vidrio, una osamenta, un cachito de acrílico entre el polvo reseco de un planeta difunto que pelotudamente seguirá mañana girando y girando en el espacio.

Hombrecitos, carajo, pulgientos, asustados, enfermos monitos marchadores, aparecidos por pura carambola de vaya a saber qué jodido entrevero de los genes en algún mono mishio y atorrante (pero flor de padrillo, la verdad sea dicha).

Hombrecitos, parientes pobres, primos medio degenerados de tanto bicho hermoso, sosegado, sin revires, perfecto (digo el lémur, el mono espléndido, rico como ninguno en alimentos, el bisonte, de testuz respetable, el sigiloso lobo que depreda en manada, la pantera, el delfín, la cebrá, el seguro elefante, el rápido venado inalcanzable, el prodigioso gato, la ballena, el león... tan bien plantados todos, tan dignos todos, tan de veras).

Putá, mis hombrecitos, mal hechos, azorados, julepeados, sufrientes, eternos contempladores de estrellas, curiosos, preguntones al pedo, bailarines de piantados rituales, inquietos, movedizos, charlatanes, contadores de sueños, contadores de extrañas pesadillas en que intervienen Dioses (a lo mejor medidas en hexámetros) frangolladores incansables de la madera, del barro, de la piedra, del bronce, de la lana, del cuero, de absurdos dibujitos que simbolizan sueños, o gritos o palabras.

Hombrecitos, adoradores del fuego, sopladores de flautas, golpeadores de parches, tocadores de cuerdas tendidas en un arco, aulladores, proferidores de piantados discursos que provocan el éxtasis, o el pavor, o el deseo, o la risa.

Hombrecitos, carajo, concedores de la muerte, desesperados inventores de parodias de vida; desesperados inventores de juguetes inútiles: el perfil coloreado de una mano en la piedra, una máscara, un dolmen, la Biblia, el Taj-Mahal, un enanito de jardín, los versos de la señora de Giannello, todo lo mismo, siempre, siempre lo mismo, voces chivando en el desierto, hermanos, angurria de no morir del todo, y bueno.

Hombrecitos, queridos, entrañables hombrecitos: calzoncillos, rulos, forúnculos, barritos, camisas de dormir, reumatismos, soponcios, almorranas, miedos, resfríos, malas digestiones.

Hombrecitos, sí, pero de pronto generosa entrega, coraje, centelleos de hermosa piantadura, amor, prodigio, prodigiosa belleza o heroísmo. Monitos marchadores sí, pero de pronto hombres, semejantes a Dioses, pero de pronto Dioses.

Hombrecitos, mis hombrecitos, puntitos hormigueando en la Tierra, todavía, jugando a cosas raras, tambaleándose al borde de la muerte, cantando, preguntando, maldiciendo... bastante divertidos si se los mira bien.

“De dioses, hombrecitos y policías”
Capítulo IV

INMORTALIDAD

Ocurre simplemente que me he vuelto inmortal.
 Los colectivos me respetan,
 se inclinan ante mí,
 me lamen los zapatos como perros falderos.

Ocurre simplemente que no me muero más.
 No hay angina que valga,
 no hay tifus, ni cornisa, ni guerra, ni espingarda,
 ni cáncer, ni cuchillo, ni diluvio,
 ni fiebre de Junín, ni vigilantes.
 Estoy del otro lado.
 Simplemente, estoy del otro lado,
 de este lado,
 totalmente inmortal.

Ando entre olimpos, dioses, ambrosías,
 me río, o estornudo, o digo un chiste
 y el tiempo crece, crece como una espuma loca.

Qué bárbaro este asunto
 de ser así, inmortal,
 festejar nacimiento cada cinco minutos,
 ser un millón de pájaros,
 una atroz levadura.
 Qué escándalo caramba
 este enjambre de vida,
 esta plaga llamada con mi nombre,
 desmedida, creciente,
 totalmente inmortal.

Yo tuve, es claro, gripes, miedos,
 presupuestos,
 Jefes idiotas, pesadez de estómago,
 nostalgias, soledades,
 mala suerte...
 Pero eso fue hace un siglo,
 veinte siglos,
 cuando yo era mortal.
 Cuando era
 tan mortal,
 tan boludo y mortal,
 que ni siquiera te quería,
 date cuenta.

PUNTUALIZO

No que me falten dudas o tristezas,
ni que me encuentre en déficit de penas,
ni que sea pobre en soledad o miedos,
ni que no tenga una vulgar neurosis
donde caerme muerto.
No, nada de eso,
gracias a dios
yo tengo
mi cuentita en el banco del esgunfio
como cualquier mortal.

Sólo ocurre
que las penas son bichos nauseabundos,
la soledad voltea como el tifus,
los rompimientos vienen generalmente
con gritos, puertas, odios,
puteadas furibundas,
manos en el pescuezo,
y a veces con un llanto
blando, sonso, de niño, interminable,
mendigando un perdón.

Sólo que la tristeza
es sucia, miserable, austada e inútil,
refractaria a la máquina
y a los lindos colores del crepúsculo.
Sólo que la neurosis,
que quiere que le diga,
se parece bastante a la idiotez.

EL FUTURO

Qué lindo era el futuro,
 el futuro
 del pizarrón de cuarto grado,
 todo hecho con tizas de colores
 y una confianza buena,
 de las viejas,
 de esas que ya no se consiguen
 ni pagando al contado.

era realmente lindo, lindo
 aquel futuro
 del pizarrón de cuarto,
 había chicos decentes
 tomados de la mano
 chicos con las orejas limpias
 y las medias derechas
 y los dientes seguramente cepillados.

Juro que era lindísimo
 el futuro
 del pizarrón de cuarto grado
 Había toros, libélulas y ríos
 había trenes, palomas y silos y aviones
 había campos y escuelas y edificios altísimos
 había vacas y ovejas
 bellamente pastando

Había una iglesia y un trigal
 y un puerto con muchísimos barcos
 Al fondo, por supuesto,
 un ancho sol naciente en amarillo,
 con sus ojos, su boca, su sonrisa
 en realidad
 bastante parecido
 al de la tapa del cuaderno 'Sol de Mayo'
 pero de todos modos era una maravilla
 aquel futuro
 del pizarrón de cuarto grado

¡Ah, si pudiera entrar en el futuro!
 en el futuro aquel en seis colores
 del pizarrón de cuarto grado
 Cómo caminaría derechito
 hacia el gordo sonriente en amarillo
 acogedor, humano
 Cómo andaría entre toros, libélulas y ríos
 y trenes y palomas y aviones

A lo mejor iría
tomado de la mano
de algún chico decente, buenito, bien peinado
Caminaríamos alegres y llenos de esperanza
porque, es claro...
el camino sería bello y fácil
como eran los caminos del futuro
en el lindo futuro
del pizarrón de cuarto grado

Sin barreras, sin piedras,
sin pozos, sin semáforos
nadie nos pediría documentos
ni nos requisarían baleros subversivos
ni nos sospecharían ladrones
o extremistas o infiltrados

Nadie nos metería, por supuesto,
en un atroz fantasmagórico Ford Falcon,
ni mucho menos iríamos a aparecer al otro día
junto a un montón de cápsulas servidas,
ni dirían los diarios
con sus letras chiquititas y su fea sintaxis
cosas como “se procedió a identificarlos”

No, no,
sencillamente no,
porque eso no figuraba para nada en el futuro,
porque eso la señorita no lo había dibujado
con borrador, y tiza y esperanza
en el prolijo y diáfano futuro
del pizarrón de cuanto grado
El cual como se sabe estaba todo hecho
con tizas de colores
con un redondo sol de Sol de Mayo
y una confianza buena,
de las viejas,
de esas que ya no se consiguen
ni pagando al contado.

SE SUPONE

Se supone que hay dudas sumamente poéticas,
tristezas avaladas por las musas,
y además endosadas por la Real Academia,
dulces melancolías que esmaltan los crepúsculos
de colores lindísimos.

Se supone que hay penas que ni hechas en medida
para extasiar ñiñitas,
soledades que casi son un coito
de perfectas,
angustias prestigiosas como heridas de guerra,
rompimientos ya escritos con ritmo de bolero:
debemos separarnos,
me acordaré, te acordarás, etcétera.

Se supone que hay tedios elegantes,
desvelos a los cuales
baja chisporroteando el genio desde el techo,
preguntas y temores que ocasionan sonetos,
neurosis aceptables, llevaderas, simpáticas,
borracheras que nacen con el sello de la celebridad,
cansancios que maduran en corazones sabios
y de vuelta.

Se supone,
—es lícito aceptar que existen—
que de acuerdo
a una bibliografía tan bella como extensa
ellos están allí,
demostrando, brillando, guiando, corrigiendo.

Se supone,
—fácilmente se admite que deben existir—
no es mi intención negarlo, por supuesto.
Simplemente
quería decir, con toda honestidad:
yo no.

“CHE”

A lo mejor está debajo de la alfombra.
A lo mejor nos mira de adentro del ropero...
A lo mejor ese color habano es una seña.
A lo mejor ese pez colorado es guerrillero.

–Yo juro haberlo visto de gato en azoteas.
– Y yo, corriendo por los hilos del teléfono.
– Señor, ¿ha revisado bien adentro de su cama?
–O John, ¿qué es esa barba que asoma en tu chaleco?

Debiéramos filtrar todas las aguas de los ríos.
Lavar todas las caras de los negros.
Picar la cordillera de Los Andes.
Poner a South-América en un termo.

Dicen que en Venezuela montaba una guitarra.
Que en Buenos Aires entraba en bandoneones y discépolos.
Que en Uruguay punteaba una milonga con el Diablo.
Y en Brasil vestido de caboclo bajaba a los terreiros.

Pero si ayer nomás saltó en Santo Domingo.
Si en Colombia era cumbia de los filibusteros.
Si lo vi esta mañana con su risa terrible
soltándole los duendes al espejo.
A mí casi me mata la otra noche,
se me subió con un millón de sátiros al sueño.

Ese lío en Bolivia es cosa suya.
Y esos ladridos en la noche no son perros.
Y esa sombra que pasa, ¿por qué pasa?
Y no me gustan nada esos berridos junto al pecho.

A lo mejor está en la pampa y es graznido.
A lo mejor está en la calle y es el viento.
A lo mejor es una fiebre que no cura.
A lo mejor es rebelión y está viniendo.

YANQUIS HIJOS DE PUTA

En realidad
sólo quería decir
eso.

En realidad, la vida
es,
pongamos por ejemplo,
una manzana.

Entonces,
uno la mira, la toca,
le hace fiestas,
la besa, le habla,
tal vez
hasta dibuja manzanitas
imitándola.

La quiere así, manzana,
rica, pulposa, viva,
indescifrable,
sabia.

Si la quieren romper,
si viene
un bicho, por ejemplo,
un yanqui hijo de puta,
para ser más precisos,
a matarla,
ya no se puede hablar
así nomás de la manzana.
Hay que matar al bicho,
es necesario
odiarlo,
destruirlo.

Es casi obligatorio
decirle hijo de puta,
decirle yanqui hijo de puta
todos los días, religiosamente
y encontrar la manera
de acabarlo.

Por amor a la vida,
simplemente.

En realidad
tal vez
no me he explicado bien.
Si uno tiene,
pongamos por ejemplo,
un amor, una cosa
que le anda por la piel
por todas partes.
Digamos
Buenos Aires.
Digamos
un octubre, un poema, una muchacha.
O digamos la esquina
de Nazca y Tequendama
los domingos, a las seis de la tarde.

(Estoy casi seguro
que había una esquina así en Santo Domingo
que había un viejo,
una silla,
un cielo inverosímil,
muchachos que volvían del fútbol,
señoras apuradas,
bocinas, qué sé yo
y tal vez
hasta un tipo solitario
como yo
me miraba)

Si uno tiene un amor entonces,
eso que le camina por la piel,
decíamos,
y pasa algo,
ocurre
que viene el mal, la peste, una desgracia,
o para no ir más lejos
vienen
los marines
idiotas,
los cretinos mascadores de chicle,
odiadores de todo lo que crece,
y desembarcan.

Entonces
ya no se puede hablar así nomas,
hay que matar la muerte de algún modo,
hay que pelear con rabia,
destruirlos,
salirles al encuentro como sea
y además
decir, decir hijos de puta,
decir marine yanqui hijo de puta,
decirlo y masticarlo
y enseñarlo a los chicos
como a un rezo.

Por amor a la vida,
simplemente,
me parece.

CHE MUNDO, COSA, GENTE

Che mundo, cosa, gente,
vida en serio,
no se me rajen, tomen
una sopa conmigo.
Sepan,
yo soy un pecador,
anduve con el diablo,
anduve en contrabando de palabras,
supe fabricar vida hablando solo,
me lo pasé en peleas, cayéndome y matando.
Supe vistear con Dios
(una vez lo paré y le pedí fuego,
casi me mata el bárbaro.
Yo soy un pecador,
pero pagué,
tuve condena y la cumplí carajo.
Por eso mundo, cosa, gente,
vida en serio,
no se me rajen, tomen
una sopa conmigo,
digo,
si no los comprometo.
Tomen algo.

SUELE SUCEDER

Suelo morirme a las mañanas,
 justamente a la hora de guardar
 el Escarabajo de oro
 en el portafolios
 cuando el andén de Constitución
 recibe los últimos boqueos de mi subterráneo
 y el reumatismo que ya me perdió el respeto
 me palmea confianzudamente la rodilla
 al levantarme.

Suelo morirme a las mañanas,
 casi sin odio le digo no va más
 a tanta cosa ardiente que me brota.
 ¿De dónde?
 Y un dos un dos
 el viejo embozarse molinete,
 el viejo insomnio trepando pasamanos.
 Un dos un dos.
 Un poco de fatiga y la bufanda
 y la piel de aguantar
 hasta el dedo del jefe en mis papeles,
 y me muero,
 acudo al Equanil,
 recuerdo deudas,
 me grito pobre tipo
 y ya me estoy tocando la calvicie
 y ya salgo a comprar bicarbonato,
 me doy un tironcito a la mortaja y chau,
 me quedo muerto.

Pero ocurre que a veces,
 a veces porque sí,
 por primavera,
 por cuento,
 por salir o por muchacha
 me vuelvo inteligente solidario,
 sé de pronto quién soy, dónde piso,
 se me viene un pasado a la memoria
 y me nace un futuro en la garganta,
 crezco en el tiempo y me circulo entero.

Y ya me nace la palabra hombre
y el prodigio de ser hasta el zapato
de puro estar cambiando el universo
creyéndome y creyendo,
creyéndome y creyendo
cuando le planto un “no” como una casa al jefe,
al comisario, a Jesucristo.
Cuando me doy en Cacho para siempre
haciendo lo que hago, cosas, cuentos,
pateando la tristeza, alborotando,
dando mi piel caliente,
mis dos manos.

Éste soy yo venga una copa y cante
qué tanto fin de mes ni tanta cuenta,
sí, el hermanito Zeus me hace la seña del as
y voy matando,
y voy matando sombras,
degollando muñecos de aserrín que dicen
dónde nos lleva este sufrir sufriendo
y hasta cuándo,
hasta cuando me saquen a tirones
de esta ciudad que es hembra
y me responde que todo el aire es canto
y voy cantando y entonces sí,
entonces sí, compadre, resucito,
siento mis pies que pisan y prometen.

Se me va el reuma,
el hígado,
el resfrío,
ando de Constantini hasta los pelos,
digo gran puta lo que soy viviendo,
le aprieto la cintura a Buenos Aires,
le hago un hijo de sangre,
canto y cuento
y salgo a caminar con tanta vida
con tanta cosa ardiente aquí en el pecho.

ÁLGEBRA

Trataré de demostrar
que los autos por la avenida Cabildo
ejecutan exactamente
la música de la soledad.

Admitamos
un aséptico bar,
con fórmicas, ventanas,
chaquetas, música ambiental,
tickets, etcétera.
En frente, un cine o un garage,
o un cartel luminoso,
o simplemente el tiempo T
(él es lento, sombrío, fatigado,
viscoso y previsible).

Ahora bien,
en el caso de que el cartel luminoso
golpee insistentemente hasta la náusea,
y si eliminamos por simplificación
(y por razones obvias) el garaje y el cine,
nos quedan agrupados los siguientes recuerdos:
una calle de tierra,
una magnolia,
un perro al que uno amaba,
una zanja con yuyos donde estaba el asombro,
los huevitos de gallo
y la siesta.

Descomponiendo entonces siesta
en sus usuales términos:
palomas, aguaciles, pereza
y patio con frescura,
podemos fácilmente admitir la existencia
de otro tiempo T'
particularmente azul
e idéntico al prodigio.

Pero como por definición
están los autos en la avenida Cabildo,
sumados al smog,
a la nostalgia,
al correr despiadado de los años,
y a lo que llamaremos provisoriamente X,
multiplicamos por neurosis,
dividimos por la constante 1954,
y queda por lo tanto:
X igual a miedo, igual a impenetrable cáscara,
igual a envenenada y perra soledad.
Que es justamente
lo que queríamos demostrar.

TAREA

Han de saber
 que cuando en la oficina no hay trabajo,
 yo trabajo,
 trabajo como un negro,
 sudo tinta,
 ando detrás de pájaros azules,
 me meto en grandes líos con los sueños,
 me desangro en palabras,
 salgo a cazar ballenas y crepúsculos,
 domestico elefantes
 (hay que ver qué furor el de la selva)
 le explico al faraón cosas del tiempo,
 hago el amor a veces,
 lucho con los zulúes cuerpo a cuerpo,
 tengo que abrirme paso en un perfume,
 volver para las doce,
 morirme,
 andar recuerdos.

Tengo que hablar con Dios,
 volverme loco,
 lanzar varias proclamas de justicia,
 escapar de la hoguera,
 vestirme de jamás para un entierro.

No descanso ni un minuto,
 me doy un gran trájín con las cigarras,
 me cito con Lenin y arreglo el mundo,
 llamo a larga distancia,
 digo anote en mi agenda: Nazareno,
 trato cosas del aire con gaviotas,
 compro verdes, azules, amarillos
 y los despacho por expreso al cielo.
 Hago arreglo con nubes,
 firmo tardes de otoño con llovizna,
 corro a cambiar estrellas que andan flojas,
 promuevo madre selvas,
 dicto inviernos...

cuando el jefe me mira y dice ejem,
 ya que usted no hace nada y tiene tiempo...

¡BOM! ¡BIM! ¡BAM! Y GOLONDRINAS

José González,
segundo auxiliar de Contaduría,
lleva el portafolios lleno de granadas de mano.
Mira pensativamente el subterráneo de las 7 y 45
y ¡BOM! ¡BIM! ¡BAM!

Después, al entrar en su oficina,
ve el auto del gerente estacionado en la puerta,
y ¡PJJJ! ¡CHFFF! ¡BOOOOOO MMMM!!
porque el señor González
lleva también algún bazooka en el portafolios,
por las dudas.

Cuando el gerente le pide las planillas,
él dice sí señor y sí señor,
pero cuando el gerente se da vuelta
¡RAT-TA-TA-TA-TA-TA-TA!!!
y las cabezas de todos los gerentes del mundo
vuelan en pedacitos
por el luminoso cielo de setiembre
como si fueran golondrinas.

ELLOS

Son tan bien,
 tan irónicos,
 tan finamente sabios,
 que uno es un hotentote,
 un perdonable bruto
 innoblemente vivo todavía.

Ellos esperan,
 ellos miran y esperan,
 sencillamente esperan.

Tienen un aire dulce de bohemia,
 un no sé qué elegante,
 una sonrisa tía
 (una vez escribieron doce versos
 pero bah quién se acuerda),
 un gesto roberteilor para ciertos asuntos,
 te toleran.

(Te toleran creer, desgañitarte,
 andar despellejado por el mundo,
 te toleran hundirte hasta el no entiendo,
 hasta el no puedo más,
 o hasta las lágrimas.

Te toleran nacerte una mañana,
 y asombrarte y reírte como loco
 y seguirte y seguir
 y adónde está esa vida y vengan cartas.

Te toleran tu angina, tus horarios,
 tus deudas,
 tu vino peligroso en ciertas noches,
 tus camisas, tus ganas.

Te toleran morir cuarenta veces,
 te toleran salir y enamorarte,
 te toleran vivir loco de vida.)

Claro, tienen paciencia,
 tienden redes,
 dicen como diciendo todavía,
 te ofrecen su fraterno aburrimiento,
 te ofrecen lindos nichos,
 te convidan.

A veces se insinúan sonrientes como putas,
tiran viejas carnadas,
te dicen que los otros,
que fulano,
es así
que vos en cambio...

Luego esperan,
te sonríen y esperan,
sencillamente esperan.

Yo no les tengo lástima,
quisiera
verlos chisporrotear en el infierno,
dando vuelta el manubrio de sus nadas,
bebiéndose sus muertes venenosas
como un aperitivo.

¿Y SI SÍ?

¿Si entre tanto Lenin,
 coyuntura
 y organismo de base,
 y compañero,

si entre tanta vigilia y Antiduhring,
 entre tanto plenario y cigarrillo,
 se nos está infiltrando la ternura
 como un disimulado agente de la CIA?

¿y si apoyo la moción
 quiere decir
 sos linda?

¿y si yo estoy de acuerdo en el planteo
 quiere decir
 qué bárbaros tus ojos?

¿y si me adhiero
 quiere decir sencillamente
 que me adhiero?

ojo compañerita,
 vigilancia,
 que el enemigo acecha.

analicemos el asunto
 a nivel de autocrítica

pero un poco más cerca,
 mirándonos los ojos,
 interminablemente
 si es posible.